

LOS TRES DIOSES CHINOS



Toni Montesinos

LOS TRES DIOSES CHINOS

Un viaje a Pekín, Xian y Shanghái,
desde Nueva York y hasta Hong Kong

Con 75 fotografías del propio autor

fórcola

PERIPLOS

Periplos

Director de la colección: Javier Fórcola

Diseño de cubierta y maquetación: Silvano Gozzer

Corrección: Gabriela Torregrosa

Producción: Teresa Alba

Ilustración de cubierta:

Estatua del templo de Tin Hau, en Repulse Bay, Hong Kong.

© Toni Montesinos, 2015

© Toni Montesinos, 2015

© De las fotografías, Toni Montesinos, 2015

© Fórcola Ediciones, 2015

c/ Querol, 4 – 28033 Madrid

www.forcolaediciones.com

Depósito legal: M-22353-2015

ISBN: 978-84-16247-50-9

Imprime: Sclay Print, S. A.

Encuadernación: José Luis Sanz García, S. L.

Impreso en España, CEE. Printed in Spain

A Yolanda y Nino.

ÍNDICE

Preámbulo neoyorquino	9
Paréntesis más allá de Siberia	35
La ciudad que se llamó Pekín	53
Los templos de la fe y el poder	73
El mayor cementerio del mundo	89
Xian y sus piedras resucitadas	107
Del pasado tradicional a un <i>Blade runner</i>	127
De Shanghái a la Venecia china. y un colofón en Hong Kong	145
Bibliografía citada	165

I

Siguiendo lo que he leído esta mañana en el avión de Barcelona a Madrid, donde haré escala para volar hasta Nueva York, en un libro sobre Montaigne de la investigadora inglesa Sarah Bakewell, podría decir que la *eudaimonia*, «que a menudo se traduce como “felicidad”, “alegría” o “florecimiento humano”», es viajar en clase preferente. Qué duda cabe de que las comodidades, el confort, facilitan el concepto que se hermana, dice la autora, con la *ataraxia*, «que se podría traducir como “imperturbabilidad”, o “liberación de la ansiedad”», y que es el mejor camino para alcanzar dicha *eudaimonia*. Y es bien recibida esa liberación cuando se está volando a miles de pies de altura, sobre el Atlántico, y se está en manos de la habilidad de un piloto y en alas de un monstruo de cables y botones del que se espera que acaricie suavemente una pista dentro —creo— de dos horas, tal vez menos, del aeropuerto John Fitzgerald Kennedy.

Justamente leyendo sobre los estoicos y los epicúreos, sobre cómo afrontar el dolor y superar el miedo, en el maravilloso *Cómo vivir. Una vida con Montaigne* de Bakewell, he pensado —a propósito de un libro cuya luz tendré la fortuna de ver encendida este próximo otoño, titulado *Diario del poeta isleño*, y que es una alegoría de las dos personalidades que lo abandonan: la peor y la mejor influencia que mis días han contemplado— que quien más, quien menos tiene un destino dantesco en esta montaña rusa del vivir y el desvivir. Entonces he comprendido, con esa naturalidad con la que nos asaltan las evidencias que llevábamos sin embargo años sin poder ver, que mi destino fue infernal durante veinticinco años, paradisiaco en los últimos

seis años, con sus rocas y vientos, pero paradisiacos, y vivido en el purgatorio los diez de en medio; un ámbito extraño, de tentativas, de expectativas, de búsqueda de la felicidad sin saber siquiera qué es la felicidad hasta que la realidad se impone, el idilio con el proyecto de una vida en familia se rompe porque no fue tal verdaderamente y, entonces, el balance desalienta frente a las brasas de la separación, ante las crueldades que alguien te administra y que aún no puedes acabar de creerte, y así es como llegas a ver esa evidencia, pues el inicio y el final de esa etapa intermedia, transitoria, fallida, estuvieron presididos por la tristeza, y la memoria de repente está de tu parte cuando ella eligió ser olvidadiza e ineficaz; o será todo simplemente producto del tiempo, de su paso corriente y de cómo deja posarse, entibiándolos, los acontecimientos después de que hayan hervido en las palpitaciones de un pecho acongojado, de cómo cura heridas, propone amnesias y vuelve comprensivo, o al menos tolerable, lo que antes resultaba desconcertante.

Pero esta idea peregrina que sale al vuelo sin casi saber por qué, de confesión íntima en este inicio de viaje que me llevará por tres continentes, me ha desviado de lo que quería decir y que tiene que ver con mi desvirgar aéreo en primera clase: que el lujo de las comodidades y de recibir un trato exclusivo aleja del trabajo, distrae de los deberes que uno se había puesto. Los ricos ágapes y el surtido de películas son un pasaporte, que caducará ya dentro de una hora y pico, para lo ocioso, para recrearse en lo acomodaticio, y las lecturas y las escrituras se dejan para más tarde, y esta prórroga significa varias horas desde que el azafato vino a ofrecerme una copa de cava en cuanto me hube sentado, dos o tres filmes vistos parcialmente y uno entero, un intento vano de siesta en el asiento abatible de mil maneras, otro intento de conversación por parte de la mujer de la derecha, una israelí embarcada en Tel-Aviv que me enseña fotos de su país y me pregunta qué películas le recomiendo; un reposo próximo a la «liberación de la ansiedad», pues aquí no sonarán teléfonos móviles, no habrá noticias malas ni buenas, la vida quedará suspendida durante cientos de minutos, y no habrá problemas que afrontar ni llegarán facturas ni existirá la política ni la crisis. El

único objetivo será llegar sanos y salvos, que no es poco, si bien las turbulencias, en caso de que se produzcan, serán más soportables con una buena copa de vino o un postre sabroso que encajonado atrás con mis compañeros de clase social, con las rodillas rozando el asiento delantero y compartiendo apoyabrazos.



En el avión, viendo El último concierto

Y por culpa de todas estas banalidades, no he leído apenas sobre Montaigne, que es el libro que tomo a pequeños sorbos cada vez que cojo un avión para que tarde en acabarse y capte mi atención exclusiva, ni he leído los otros libros y guías que llevo de China, ni he escrito apenas, y ahora, *aburrido* por sentirme tan cómodo y por haberme despedido de la ansiedad, disfruto de la voz que he elegido en el panel del monitor que tengo delante; canta Billy Holiday, y esa voz me dice que estoy en casa porque me acabo de ubicar en los recuerdos de la juventud melancólica, lo que se añade al hecho de que aún permanezco en ese estado de deslumbramiento y alma conmovida que a uno le asalta tras

ver una historia que le ha cautivado y estimulado sobremedida; un estreno aquí en los cielos llamado *El último concierto*, cuando los cines de España aún lo esperan, sobre un cuarteto de música clásica que sufre un desmembramiento por culpa de la enfermedad de su chelista, por el desamor entre el segundo violín y la viola, por el liderazgo puesto en entredicho del primer violín, que se enamora de otra intérprete jovencísima después de sólo dedicarse a amar incondicionalmente a su instrumento, que guarda y cuida con la mayor de las delicadezas.

El tiempo y su transcurso tan bien llevados, en esta hama-ca de entretenimiento en que me hallo balanceado entre nubes, me catapultan a lo esencial, a lo deseado, a reencontrarme con Manhattan y con quien me espera en la isla, ojalá ya en el mismo aeropuerto. La anécdota del tipo que ha retenido mi pasaporte para regalarme un viaje en clase preferente aliñará todos los comentarios iniciales sobre mi viaje en cuanto mi mirada cruce los ojos deseados. El caso es que yo había sido el último en llegar al área de embarque y sin prisas había dado mi documento a la persona encargada de validarlo. Pero, de repente, con un gesto casi brusco, el individuo cierra el pasaporte y hace una consulta en su ordenador. Mis alarmas se encienden, algo malo habrá visto en mí, o en su nombre, la estrecha vigilancia estadounidense, que me tiene archivado por una —como dicen ahora— irregularidad que no recuerdo, pero de la que estoy seguro de ser el mayor culpable, e instantes después me pregunta si me importaría ir en primera clase; al parecer, por un asunto de protocolos de la compañía, algún tipo de *overbooking* en la zona turista obliga a desplazar a un tripulante al lugar del alcohol gratis, del neceser con antifaz para dormir, colonia y cepillo de dientes, y de los asientos que se convierten en muebles más acogedores que una cama. Qué mejor manera de comenzar un trayecto, aunque ese confort burgués inesperado —tras recoger el pasaporte, con una sonrisilla de felicidad traviesa, de suertudo atravesando la pasarela de acordeón hasta la mastodóntica ave— aleje el trabajo que tenía previsto hacer para rentabilizar las horas de vuelo. Pareciera que, por un efecto de contagio, de encadenamiento de las circunstancias afortunadas, simplemente

estar con la persona que me espera en Nueva York es rendir pleitesía a cierto hedonismo, al presente y a lo que éste ofrece, en lo lúdico, espiritual y material, en una difícil pero muy posible combinación que hace del *carpe diem* un desafío diario tomado con una naturalidad envidiable. Ahora mismo, cuando un saxo lento acompaña la canción que, oportuna, se filtra por mis oídos, y que se titula *Sophisticated Lady*, siento, con una suave intensidad, la ausencia del ser que me espera y que es, a la vez, mi viaje diario más laberíntico y despejado, más aventurero y sedentario, más arriesgado y seguro.

II

El comandante acaba de decir que en Nueva York hace una temperatura de 37°. Un horno, traduzco. Para mí, si *mí* es mi cuerpo, si *mí* es la mente que lleva despierta desde las seis de la mañana, son casi las ocho de la tarde; el inconsciente ya compone una escena preestablecida en la amplia sala de aduanas, con una muchedumbre aglomerada haciendo cola, pasando frente a esas cabinas transparentes donde un agente patrio te mira con cara de malas pulgas, o de indiferencia en el mejor de los casos, te pregunta cosas inverosímiles de tan íntimas —dónde conocí a mi mujer, una vez— que deben de tener poco que ver con quién eres y qué vas a hacer en el sitio al que estás a punto de llegar si la bandera de las cincuenta estrellas no te lo impide. Ese mismo inconsciente te avisa de que tu inglés no está en forma, y el consciente se fija en el monitor: hay 41° fuera, en el aire en el que flotamos mágicamente; llevamos ya recorridos 5.902 kilómetros a una velocidad de 879 km por hora. Éstos son los datos del ahora, y pese al plácido vuelo, un rincón de mi cerebro no puede sacarse la tenebrosa idea de que, de súbito, sin que nada ni nadie lo advierta, el avión puede estallar, puede caer en picado, puede darse la vuelta, puede romperse, puede desnortarse y ascender hacia la Luna. El corazón se agita un poco ante este cóctel de la imaginación temerosa, y sólo cuando las ruedas del aparato

tocan tierra —y ni aun así, pues el avión ha de ser enderezado en su última recta, evitando los ligeros botes y frenando, hasta que la formidable velocidad se hace real, tangible, una vez se pisa suelo—, uno puede decir que llegó vivo y no embalsamado en una noticia televisiva de sucesos trágicos.

No haber hecho testamento antes de salir de España, cuando a uno le esperan doce aviones, varias semanas en el otro lado del mundo atravesando dos océanos, no sé si es un acto de irresponsabilidad o de valentía: porque para vivir se necesita cierta dosis de voluntad gallarda, de burla hacia el aciago sino que nos espera, parapetado en las trincheras de nuestra videncia ignorante; para vivir se hace imprescindible no pensar en esa belleza distante y perfecta que nos repele y atrae a partes iguales y cuyo olor a *polvo enamorado* sólo percibimos cuando nos invita a penetrarla para la última y definitiva *petite mort*. Y digo esto cuando, tras *venderme* al confort azaroso con suma complacencia, he leído unas páginas sobre la mirada de Montaigne con respecto a los estoicos. El temor a una muerte estúpida, metidos en un coche, atropellados, por una mala caída practicando algún deporte, se multiplica a lomos de una aeronave; morir en ésta es desaparecer de la chistera de un mago, difuminarte detrás de una niebla, dejar de estar/ser —¿es lo mismo?— para los demás, evaporándote en algún lugar del océano por ejemplo, y así, no existir, no simplemente morir, sino des-existir, podría decirse, deshacer la existencia, quitar tus kilos del espacio, grano de arena de vuelta al mar. El temor a levantarte una mañana y que ese día pueda ser el último —porque un avión se hince en el rascacielos en el que estás trabajando un día cualquiera de septiembre; porque el gas de la vecina se ha quedado abierto y sucumbe a la tentación de un fuego explosivo; porque un hombre entra en un banco en busca de venganza y dispara contra ti, cliente o trabajador— se yergue de la tumba en que metemos esos miedos, racionales cuando oímos mil y un ejemplos de tales cosas a diario; en esos casos, se echa de menos la estaca para clavársela en el corazón a nuestro Miedo, en una suerte de suicidio del que salir vivificados. Hace años se me quedó grabada una frase

de Montaigne: no sabemos dónde nos espera la muerte; esperémosla en todas partes.

Pero sigo vivo. Hoy mi superhéroe favorito no es el de siempre, Superlópez, sino el piloto de Iberia que ha abierto sus brazos y se ha extendido en el cemento del aeropuerto con su tabla de surf gigantesca, poniendo a sus bebés de clase preferente y turista, sin preferencias de estatus, a dormir en la cuna de sábanas americanas con la ternura imparcial de una madre cálida y sonrosada, sonriente y carnal: Ícaro cauteloso, lo denominaré, obediente de las órdenes de su padre, un controlador aéreo llamado Dédalo. Mi teléfono, ya encendido, me da la bienvenida y me invita a una nueva tarifa, al nuevo horario que exigen el resto de relojes locales. Este nuevo pasajero dulcemente violado por la primera clase aeronáutica recupera su vulgaridad plebeya a los pocos minutos, cuando se encamina formando parte de un triste ganado sin pastor ni perro al área-limbo que se traga a los inmigrantes y los regurgita en suelo norteamericano tras dar muestras de que eres quien dice que eres tu documentación y tu físico: tus ojos, los ojos de otras veces; tus huellas dactilares, las huellas dactilares de otras veces. Allá enfilado, avanzando a pasitos, oteando los pasillos serpenteantes constituidos por un panel de cien idiomas, cien etnias, cien desesperaciones, cien anhelos, varias personas me resultan familiares delante de mí: los Hombres G también pretenden entrar en los Estados Unidos. Ahí van los cuatro componentes del grupo, supongo que hacia algún compromiso artístico, pues van acompañados de más gente, tal vez productores o técnicos de sonido, más sus parejas. El pop español de mi juventud, aquél de las letras absurdas y pegadizas, me sigue en mis desplazamientos neoyorquinos: ¿no era la cantante de Mecano la que, el año anterior, haciendo yo escala en Filadelfia, se coló en la fila de aduanas y cambió a su antojo el férreo orden allí impuesto plantándose enfrente de una cabina que se había quedado libre unos instantes tras desplazarse de la que le tocaba? Vi cómo el oficial la regañaba, pero ella, por increíble que pudiera parecer, le habló más alto esgrimiendo excusas con un lenguaje corporal ostensible y acabó saliéndose con la suya, sin duda amparada por la autoridad que emanaba

de su aguda voz, la cual llenaba estadios de fútbol en los años ochenta. «Me colé y en tu fiesta me planté», creo que esgrimía, y así lo estaba poniendo en práctica Ana Torroja en esa ocasión surrealista en la que yo también iba apresurado para recorrer el viacrucis de la escala, con sus interminables controles –pese a que jamás me hubiera atrevido a llamar la atención de los policías yanquis intentando un atajo de la espera, ese arte irresoluble– y no perder mi siguiente avión hacia Nueva York.

Algo sin embargo va a diferenciarse de otros viajes a esta tierra de las perpetuas oportunidades, clasista y generosa: lo más importante, la gente. En otras visitas recientes, los prejuicios hacia la sociedad americana se fueron diluyendo a medida que aprendía a conocer la personalidad y los hábitos de los neoyorquinos. Creí advertir que la actitud de las gentes ya no podía ser etiquetada de la manera habitual, superficialmente, con términos que atendían a su presunto individualismo o egoísmo, tal vez impactados por el 11S, que los había vuelto quizá más sensibles al dolor del prójimo. Ahora mi percepción me ordena que los caractericen los buenos modales, incluso en las aduanas, grata y sorprendentemente, donde es posible hablar español –aunque en otras donde nuestro idioma es más frecuente, como Miami, los responsables de darte la bienvenida aspiren a liderar un *ranking* de antipatía– y, así las cosas, durante los días siguientes, no podré dejar de pensar que Nueva York es un lugar donde puedes creerte la palabra *welcome*, un lugar seguro, se diría que pacífico, a pesar de que los estudios cinematográficos de Hollywood insistan en lo contrario. El científico canadiense Steven Pinker, en su extraordinario libro *Los ángeles que llevamos dentro*, aportó estadísticas que demostraban cómo la ciudad había ido sufriendo menos crímenes año tras año, y desde la actualidad hacía un viaje en el tiempo y por todo el planeta para constatar «el declive de la violencia y sus implicaciones», como rezaba el subtítulo, analizando acciones y emociones y poniendo en primer plano antiguos hábitos sociales, militares y judiciales, dando cuenta de cómo ciertas brutalidades –torturas, matanzas supersticiosas, genocidios étnicos o religiosos, sadismos, esclavitud– eran constitutivas de la psicología del hombre en función

de la época y el lugar. El punto de inflexión sería lo que daba en llamar «la revolución humanitaria», asentada en la súbita importancia del autocontrol y la empatía y en donde tenía una función vital la expansión de la cultura, incluso algo tan discreto como la costumbre de leer novelas, iniciada en el siglo XVIII, lo cual fue «el invernadero de nuevas ideas sobre los valores morales y el orden social».

Me detengo en Pinker —y tendré que volver a él cuando mis huellas ya sean chinas—, tomando aquí prestado mi disfraz de reseñista pasajero que prodigo en otros contextos, para indicar que esa revolución humanitaria y su reflejo en la empatía y la buena educación ya son propios de una sociedad tan presurosa, tan poco dada a la ayuda al extraño, como la de Manhattan, de repente estoica por su autocontrol, epicúrea por celebrar el componente lunático que todos llevamos en germen. La Cultura que los pedantes abanderan en pos de intelectualizar a los ciudadanos de este mundo para que disfruten de la filosofía y la alta literatura es un pasatiempo anodino; la Cultura ha de servir para no matarnos entre nosotros, para solidarizarnos, para tolerarnos. La única filosofía válida en realidad es la que Bakewell explica sobre Montaigne: «La de las grandes escuelas pragmáticas que exploraban cuestiones como por ejemplo cómo soportar la muerte de un amigo, cómo aumentar nuestro valor, cómo actuar bien en situaciones de dificultad moral y cómo sacar el máximo partido a la vida». El agente del aeropuerto no me ha gruñido, no ha cuestionado en la trivialidad aduanera lo que yo me cuestiono a diario metafísicamente —quién soy, de dónde vengo, adónde voy—, y eso ya es un logro, y le he agradecido de corazón que me hubiese hablado en español; en las calles numeradas bajo un sol que propina balazos de fulgor, en el viejo y tórrido metro que se convierte en un bosque donde me extravió con vergonzante facilidad, en los vestíbulos de suelo pulido y brillante de los edificios públicos, la gente me acostumbrará al bienestar, con excepción de algunos taxistas canallas más preocupados en ser hipócritamente dicharacheros en busca de una propina satisfactoria que en atenderte con dignidad una vez ya has soltado los siempre insuficientes dólares. Los negros apostados en las

paredes de las anchas avenidas, pícaros del lenguaje y macizos en sus formas, las chicas latinas de las tiendas, que tararean la música de fondo mientras atienden la caja registradora como si se estuvieran probando ropa frente al espejo de su cuarto, los jóvenes serios y cosmopolitas y poseedores de cuerpos que bailan al compás del frenesí de la Gran Manzana —¿me saldrán estas líneas whitmanianas, cuando al despuntar el día me levante schopenhaueriano?— tienen esa envidiable naturalidad, mezcla de desenfado y relajación y disponibilidad sin cortapisas, con la que parecen decir: estoy a gusto con quien soy, con el sitio en el que vivo, con quien eres tú, con el sitio donde ahora estás, que es delante de mí, y oigo tu voz y veo tus gestos y te miro a los ojos sin la menor turbación y un descaro que es casi sensual sin el casi, y todo es armonía en esta vida si uno vive sin *saber* que está viviendo —¿soy ahora un Thomas Wolfe?, ¿un ideólogo del Amor y la Bondad enfundado en un pesimismo tan esperanzador que se vuelve celebrador de lo viviente?—, como el jazzista que improvisa y no parece estar tocando música, sino *viviendo* por medio de la música, como el amante que encuentra su realización personal conjugando su amor con las declinaciones del objeto de su deseo.

Detecto todo ello porque he estado buscando irradiar esa misma sensación durante varias décadas.

III

Tal vez debería apartar mis consideraciones sobre caminar por Nueva York y escribir sobre el protagonista de mi vuelo: *Montaigne en NY*, lo titularía, y en un ejercicio fantástico como el del viajero de Mark Twain en la corte del rey Arturo, me preguntaría qué vería y opinaría el pensador y político de Burdeos sobre esta «magnífica catástrofe», como la llamó Le Corbusier, según descubrí en el póster de una cafetería en mi primer viaje neoyorquino, allá por 1996. Con frecuencia pienso que la única valoración positiva de lo que hacemos o somos debería provenir